

CARTA - RENUNCIA DEL COMITE EJECUTIVO DE LA
FEDERACION DE ESTUDIANTES.

Santiago, 23 de Septiembre de 1968.

Compañeros:

Todo dirigente que no mantiene una lealtad básica hacia sus posiciones doctrinarias, que no antepone una férrea consistencia entre lo que piensa que debe hacerse y lo que le es posible hacer, no merece llamarse tal. Hay momentos en que se debe optar entre el descubrir y denunciar ciertos acontecimientos o transformarse cínicamente en un traidor con aquello que se considera el fundamento incuestionable de nuestras acciones, para dar lugar a turbios manejos que no resisten ninguna norma moral.

A este dilema se ha visto enfrentado el Comité Ejecutivo de la Federación de Estudiantes, optando por plantear al estudiantado los problemas que ha enfrentado y enfrenta, y con ello renunciar indeclinablemente.

Esta actitud no responde a un impulso irreflexivo. Ha sido, por el contrario, el fruto madurado de largos meses de ejercicio que culmina en estos días en una situación insostenible. Demasiado fácil sería el esperar el término de nuestro mandato y ofrecer entonces una cuenta que, a través de un sinnúmero de actividades realizadas y logros secundarios alcanzados, dejará la impresión del deber cumplido. Pero al proceder así estaríamos tan sólo engañándonos a nosotros mismos.

Nuestro período es la historia de un equipo al que se le imposibilitó concretar aquellas líneas que consideraba una necesidad impostergable dentro de nuestro movimiento estudiantil. Historia de un equipo al que no se le permitió, de hecho, asumir la dirección del estudiantado ya que desde el momento en que nos hicimos cargo de la Federación comenzábamos una larga lucha frente a un grupo de ex-dirigentes, por asegurarnos el poder que legítimamente habíamos alcanzado.

Ya en Diciembre pasado se nos planteó claramente que las decisiones que se tomaran debían acordarse fuera del Comité Ejecutivo y que debíamos transformarnos tan sólo en sus ejecutores.

Varios meses duró este conflicto. Mientras trabajábamos en Arauco sabíamos que aquí en Santiago se nos estaba oponiendo una decidida resistencia. Sin embargo, llegó el momento en que fue necesario nombrar representantes estudiantiles ante diferentes niveles de Rectoría y se logró el acuerdo de que serían ellos quienes colaborarían en nuestras directrices pidiéndonos, a la vez, que nombrásemos a algunos de ellos para los cargos que se solicitaban. Conformes en esas decisiones se les nombró. A los pocos días éramos informados oficialmente que habían decidido agruparse en lo que llamaron el Dínamo, organismo independiente de la Federación. Desde entonces recibimos una oposición cada vez más intensa.

A medida que avanzábamos en este permanente conflicto, decantábamos nuestras posiciones y comprendíamos la urgencia de impulsar un real proceso de politización que significara a la postre el desarrollar en algunos sectores una verdadera acción revolucionaria, que se tradujera en algo más que mera palabrería. Tomábamos conciencia que la Reforma Universitaria no era, por sí sola, un aporte a una lucha que se daba fuera de la universidad y que, si bien ella era importante, no tenía sentido el abordarla aisladamente. Veíamos como nos estábamos sumiendo en ella mientras nos hacíamos insensibles frente a problemas externos que no podían dejar de sacudirnos y sacarnos fuera de ella. El reformismo nos llevaba, en definitiva, a una pasividad reaccionaria.

Sin embargo, cada intento por traducir en las bases estas inquietudes recibía de parte del Dínamo presiones y amenazas para evitarlo, que nos resultaba imposible sortear. Valga sólo recordar aquéllas que se manifestaron cuando quisimos sacar un manifiesto elaborado en el mes de Junio, o en el intento posterior de transformar la Federación en una verdadera vanguardia estudiantil en lo político.

¿Porqué toda esta oposición? Sencillamente, porque de realizar nuestra tarea se desencadenaría un proceso de politización que podía superar, en lojos, la propia madurez política de este grupo de ex-dirigentes y, en estas condiciones, no serían ellos quienes

mantendrían el control del movimiento.

En esta situación es que vemos aparecer el intento de dirigentes medios por constituir una forma que permitiera encontrar vías de expresión política: el 11 de Agosto. Lo que nosotros no habíamos podido hacer surgir, en forma quizás diferente a la que habíamos pensado, de las propias bases. Pero ese intento duraría poco. A las dos semanas el Dínamo había transformado este esfuerzo en el sustento para su propia legitimación y controlaba su dirección. El Comité Ejecutivo, como consecuencia de nuevas amenazas se ve obligado, esta vez, a que las elecciones al Consejo Superior se realicen, por parte de los entonces llamados reformistas, bajo el nombre de 11 de Agosto.

Así, todo vuelve a decidirse desde arriba por los invariables conocidos, que habiendo legitimado su control exigen relaciones directas con Rectoría y separan de toda participación al Comité Ejecutivo al no ofrecerle éste suficientes garantías y ser objeto de desconfianza política. E, indudablemente, no podía ser de otro modo al conocer perfectamente nuestros planteamientos.

De este modo se emprende la tarea de aislar completamente a quienes desde un inicio han sostenido la necesidad de una real politización. Pero éste no puede conocerse y se procede entonces, y lo mencionamos tan sólo como hecho anecdótico a criticar a la Federación por no haber encontrado nuevas formas en la Semana Universitaria, único momento donde lo que especialmente se pretende es reflejar la alegría de los estudiantes. Si lo que entonces se dijo hubiera sido una broma de la misma semana hubiera sin duda, sacado premio por lo descabellada.

¿A qué conclusiones llegamos? Como consecuencia un Comité Ejecutivo con una acción frustrada, obligado a la ineficacia en aquello que consideraba de fundamental, provocar una profunda politización, porque somos nosotros mismos los que denunciemos lo hecho como, en definitiva, irrelevante frente a éste principal objetivo. Sabemos sí, que gran parte de toda la elaboración seria que dentro del movimiento estudiantil se ha hecho, ha nacido de nosotros, incluso en aspectos que se refieren a Reforma Universitaria. Sin embargo, se ha llegado solamente a una radicalización verbal que no se traduce en las acciones. Ya no se habla de una Universidad para la Comunidad Universitaria, sino para la Revolución, pero se-

guimos manteniéndonos en un gremialismo disfrazado. Es posible que esta radicalización en el lenguaje sea, a la vez, el resultado de nuevas formas de conciencia. De ser así tendrá que romper con la ambigüedad, el embotellamiento político, las formas de reaccionarismo en las que este grupo de ex-dirigentes han sometido a nuestro movimiento. A través de éstos se entrega politización envasada en sólo palabras, jornadas, etc., sin alterar sustancialmente el contenido de las acciones e impiden formas verdaderamente revolucionarias.

Sabemos que no dejamos de tener responsabilidad en lo acontecido y que nuestro principal error es nuestra propia ingenuidad que nos impidió tomar una decisión, como la que hoy asumimos, con anterioridad.

En el 11 de Agosto, hoy, no hay lugar para quienes, como nosotros sostengamos que nuestra primera obligación es comprometernos en la lucha de obreros y campesinos por alcanzar el poder. Lucha que se da fuera de la Universidad. Compromiso que pueda supeditar, a veces, los problemas de Reforma Universitaria. No es revolucionario el que busca sólo la transformación de una Universidad y no está dispuesto a considerar como su primera obligación la revolución en la sociedad, el que no se compromete día a día en lo que en ésta sucede. Los problemas de la departamentalización, el sistema de créditos, la flexibilidad curricular, el promover ciertas investigaciones e impedir otras, el desarrollar ciertas escuelas y cerrar otras son problemas secundarios para la revolución. Basta de hablar de ella. Es necesario comprometerse en su lucha. Todo lo demás es demagogia o reformismo reaccionario. Y para quienes así piensan se nos ha dicho que no hay lugar en el 11 de Agosto, ni tienen la confianza de quienes lo dirigen.

Y estamos de acuerdo con esto. El lugar es para otros. Quedarnos en el Comité Ejecutivo nos haría cómplices de orientaciones que no son las nuestras siendo que allí, de hecho, no es el lugar donde se están decidiendo las acciones estudiantiles, ni donde se han decidido en nuestro período. Tampoco tiene sentido una Convención de Estudiantes, si quienes deciden son unos pocos y lo que allí se acuerda no tiene ningún peso para ellos.

Nos vamos a la base, seguros de encontrar allí verdadera potencialidad revolucionaria.

RAFAEL ECHEVERRIA
 Presidente de FEUC .